

AMOBILIAMENTOS
Para NEGOCIOS

CARAMELERAS
MOSTRADORES

VITRINAS FONDO ESPEJO
Y PANORÁMICAS DE:

ALUMINIO PULIDO
ESTANTES DE VITREA
PUERTAS CORREDIZAS
Y OTRAS

CALIDAD, DISEÑO, BRILLO,
TRANSPARENCIA Y COLOR

Somos Fabricantes



Llámenos

TEL. (0281) 28700

Azul (Bs.As.)

HÉCTOR JAVIER BELECCO, joven escritor argentino de la provincia de Buenos Aires, ofrece una particular narrativa que se sale de los límites de la vida y mueve a sus criaturas entre dudas, actitudes extremas y la irritación por no aceptar la finitud humana. El autor utiliza el recurso de jugar desprejuiciadamente y hasta sin pudor con la muerte en textos de contenido fuerte, los que por conmovedores ganarán la atención del lector, quien asombrado y hasta disgustado, no quedará indiferente luego de conocer el contenido de estos cuentos donde esencialmente flotan preguntas sobre el existir humano.

Correspondencia con el autor:

Salta 103
7300 - Azul - Buenos Aires

todo es Cuento publicó narraciones de:

LÍA ELIZALDE	PASCUAL MARRAZZO
ESTELA FINCK	CARLOS PENSA
JOAQUÍN V. GONZALEZ	A. E. RODRÍGUEZ MOLINA
JOSÉ-ÁNGEL GREGORIO	ISABEL ROTETA
ADRIANA KOLYVAKIS	

Coordinador de la colección:

CARLOS PENSA
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL (pídalo)

todo es **Cuento**®
y

héctor javier

Belecco

coleccionable

Septiembre de 1992

h. j. B.

LA ESTATUA

Sus pasos se habían hecho más lentos, su sonrisa había desaparecido de su rostro; caminaba sin rumbo.

—Disfrute los días que le quedan por delante (acotó el médico). Disfrutar, palabra absurda (pensó).

Ya no se acordaba lo que era disfrutar la vida; su casa era la ciudad, sus manos frías estaban cerradas como tomando un picaporte imaginario; quería abrir la puerta de la esperanza, de la felicidad, de la vida. Meditaba que Dios era injusto con él; porqué —se decía— muchos paseaban en auto o vivían en majestuosas casas; y él ni siquiera tenía salud. Sus escasos días de vida o quizás de horas no podían ser desperdiciados analizando la teología, esas cosas quedaban para otros con más estudio, con más tiempo, con más vida que él; estaba tan penetrado en sus pensamientos que no había advertido, sus pasos se aproximaban a una plaza; de esas plazas donde abundan las hermosas flores: rosas, claveles, jazmines; hacían la delicia de sus ojos. Cuando él muriera no tendría la dicha de tener flores en su tumba, no tenía familiares, no tenía amigos; en definitiva —se dijo— no tenía nada.

Pero ya no le importaba, su sonrisa tanto tiempo alejada de su rostro comenzaba a asomarse entre sus labios. Mirando las flores sonrió por última vez, su cuerpo se estremeció, su espíritu acababa de abandonar la prisión de carne y hueso. Buscando tal vez la morada celestial quizá descendiendo a la misma entraña del infierno o acaso buscando desesperadamente reencarnarse en un niño.

No interesaba donde fue a parar su espíritu; lo que interesaba era ver su cuerpo. No había caído a tierra, por el contrario se encontraba firmemente adherido al piso.

Ya no era de carne y hueso, ya su cuerpo no sentía frío ni calor. . .

“Yo me encontraba frente a él, mis ojos veían una estatua. Me arrodí y lloré. Yo, yo que veía en esa figura al invasor de la plaza, a la inútil estatua, a ese bulto de piedras sin ningún propósito; acababa de ver sus ojos brillantes, cristalinos con dos lagrimones en su rostro; estaban vivos, igual que los míos.

HÉCTOR JAVIER BELECCO

EL ASESINO

La vida y la muerte le resultaban sólo dos palabras que en el crematorio del tiempo permanecían como dos cadáveres: N.N.

La calle, el cuchillo y la oscuridad se familiarizaron con su aguda y filosa personalidad, llegando a crear el amor por su arte: el arte de matar. Comenzaba poniendo en duda la realidad de la vida; quizás el estar vivo no sea más que un mal sueño que al despertar en la muerte, sea el nacer, sea el estar vivo. . . Entonces, por qué lo perseguían los malditos policías a él, puesto que al fin de cuentas le estaba ofreciendo una gran ayuda a la humanidad, incentivándola a que saliera a la calle y que comenzara, como él, a matar para dar vida.

¿Quién imita a quien?: La vida a la muerte o la muerte a la vida. ¿Quién lo llamaría asesino?. Si la justicia es injusticia y la injusticia es la verdad que los necios por su misma necedad ignoran y lo tildan de asesino, como en los tiempos de Jesús los doctores de la ley no le creyeron y lo condenaron. Lo mismo hacían ahora con él.

No cuestionaría los límites de la ficción ya que nunca existió la ficción; el callar es hablar, morir es vivir y matar es dar vida. . . Mientras se aleja infundido en sus pensamientos el asesino deja al final del callejón, en el empedrado desparejo y sucio, inundado en su propia sangre, la última víctima.

HÉCTOR JAVIER BELECCO

EL VIENTO DE VIDA Y MUERTE

La sangre me saltó de la cabeza al corazón. La delgada hoja del cuchillo brilló. Se aferraba a mi cuerpo, llevando el grito de mi garganta hacia lo infinito mientras yo caía sobre la energía aglomerada en su cuerpo; el cuchillo cruelmente frío se calentó en mi mano al centellear en rápidos golpes sobre su cuerpo desgarrando el latido del cuello lleno de vida. Destrozando y cortando hasta llegar tan hondo que mi mano se hundió quedando húmeda en el calor de la sangre. El cuchillo horadó, penetró en la carne para evitar que el cuerpo siguiera adelante en lo infinito, y llevara mi corazón desangrado y necio en un grito hasta la muerte; mi brazo y el cuchillo se levantaban y caían sobre la fuerza que me llevaba ciegamente más allá de mi propia fuerza.

Acertaba profundo en el centro de la fuerza hasta que sentí que el cuerpo que tenía debajo cedía, caía de repente y se hundía sobre borrosas imágenes mesiánicas, moribundo. Caí con él.

Sentí latir su poder bajo mi cuerpo.

Sentí gritar, su espíritu lo llamaba. Lo llamaba para que se levantara. Lo levanté del suelo dimensional, otra dimensión.

Lo levanté para que se escapara del cuchillo frío que yo le metía en el cuello, para que se levantara y se fuera con el viento, corriera, cantara con todos los ángeles del mundo, energía, fuerza incomprensible de la mente. Oí que su espíritu lo llamaba. Lloré de miedo. Miedo de que su espíritu lo trajera en el crispado músculo de mi cerebro. El viento despeinó mis cabellos. Escuché mis propios pasos, volví a meter el cuchillo más profundo que nunca, la sangre manchó mis ropas y mis cabellos mientras yo perforaba una vez más su piel sin carne, sólo espíritu. Oscuridad donde me encontraba sólo con mi cuchillo y la muerte.

Mis nudillos blanquearon en la noche aferrando con toda mi fuerza a ese frío cuchillo. No había signos de vida. Yacía perfectamente inmóvil, no se levantaría.

Mi hermano estaba muerto.

HÉCTOR JAVIER BELECCO